

# “El cambio significa que CiU pase a la oposición”

Independiente y con un estilo muy personal de hacer política, el presidente de los socialistas catalanes está convencido de que ha llegado su momento para acabar con 23 años de pujolismo. Y para lograrlo, está dispuesto a pactar con los otros partidos de la izquierda catalana.

CARMEN AMORÓS

**P**asqual Maragall nació en Barcelona en 1941. Nieto del poeta Joan Maragall, cursó las carreras de Derecho y Económicas. En 1982 sucedió a Narcís Serra como alcalde de Barcelona. Aún se recuerdan sus saltos de alegría el día que la capital catalana fue elegida sede de los Juegos Olímpicos de 1992. Entre las maragalladas geniales cabe citar el invento de convertir Sarajevo en el distrito 11 de Barcelona durante el sitio a la capital de Bosnia-Herzegovina.

—Tengo aún presente el día en que, siendo usted alcalde, se subió, con una nariz roja que le impedía hablar con claridad, al escenario de Payasos sin fronteras, a pedir la participación ciudadana en la subasta que la ONG realizaba a beneficio de los niños bosnios que estaban en campos de refugiados. Si gana estas elecciones, ¿podemos seguir esperando de usted impulsos similares?

—El mismo espíritu que me impulsó como alcalde a comprometer a la ciudad de Barcelona en el apoyo a Sarajevo me impulsará como presidente de la Generalitat para que se nos respete fuera, en España, en Europa y en el mundo, no sólo por lo que somos sino por cómo somos y qué somos capaces de hacer. Y aquí está también la tradición pacífica y solidaria de este pueblo, con los bosnios, los chilenos, los magrebíes... Quizás no vuelva a ponerme una nariz roja, pero no dudo que me salgan gestos espontáneos cuando se trata de hacer llegar a la gente un sentimiento positivo.

—Esperemos que el tiempo no le cambie, pero ahora convenga a los catalanes para que le voten en las próximas elecciones.

—Mire, pedimos el voto para el PSC porque este país necesita un cambio con urgencia, después de 23 años de Gobierno de la derecha y del deterioro que en los últimos ocho años ha habido con la dependencia de CiU al Gobierno del PP, el más antiautonomista que hemos tenido en democracia.

Este cambio debemos encabezarlo los socialistas, porque nuestro programa social prioriza las necesidades de las personas: educación, vivienda, seguridad, salud, trabajo... Ahora este cambio es posible. Ganamos en 1999 en votos, ahora la victoria debe ser también en efectos. Queremos una Cataluña abierta, transparente, más libre y más cívica.

—Después de 23 años de pujolismo, ¿su principal reto después de las elecciones será que los catalanes entendamos que “las cosas han cambiado”?

—Mi principal reto será cambiar las cosas, y la gente lo verá. El cambio se verá, haremos una Cataluña nunca vista hasta ahora, como ni siquiera imaginan los independentistas y como no han conseguido hacer éso que sólo hablan y hablan de Cataluña, pero gobiernan para una sola porción de catalanes. Mire, el cambio no sólo será de personas y de ideas, también lo será de prioridades, de eficacia y de estilo, de manera de hacer política.

Estamos hartos de lamentos y quejas, de discursos mesianicos y de cosas intocables; Cataluña necesita y quiere más civismo, más libertad, más transparencia y más confianza en sí misma y en sus gobernantes. El cambio llevará un nuevo clima político de distensión, diálogo y apertura.

—En estos 23 años, ¿qué cree que ha hecho bien el presidente Pujol?

—Es evidente que la figura de Jordi Pujol tiene un papel importante en la historia de este país. Su gestión ha tenido muchos momentos positivos, sobre todo al principio. Ha propiciado un sentimiento de cohesión y estabilidad al país importante, en un momento de construcción de nuestra autonomía. Pero llevamos años de estancamiento en que sólo ha prevalecido una visión estrecha y excluyente de lo que es Cataluña.

CiU reivindicó y entronca una parte de nuestro pasado, la Mancomunitat o la Lliga, pero olvida que la historia de Cataluña también incluye el sindicalismo internacionalista del XIX, el progreso social y político de la República o la lucha de las clases populares en la transición. La Generalitat se ha cerrado en sí misma, gestiona mal y no gobierna; además, la actual dependencia absoluta al PP ha sido muy negativa.

—¿Cómo se puede mejorar este aspecto?

—Hay aspectos más complejos y otros que son de eficacia, de pura gestión. Cuando deci-

mos que doblaremos determinados presupuestos, no prometemos ninguna locura, porque los actuales son tan bajos que doblarlos costará poco. Haremos un Gobierno transparente y cercano a los ciudadanos, dialogante con las otras administraciones. Que se entenderá con los municipios y les ayudará y nos entenderemos con el Ayuntamiento de Barcelona, que es el de la capital de Cataluña.

—“En el amor y en la guerra vale todo”. ¿El amor a Cataluña conlleva, a veces, el riesgo de perder los papeles en algunos aspectos?

—¿Se refiere usted a las selecciones deportivas con Andorra? [Se ríe] Eso no es señal de amor por Cataluña, eso, aparte de un sinsentido, es una falta de respeto a la soberanía de un país vecino. Nadie tiene la exclusividad en el amor por su país y negar el patriotismo de los otros responde a criterios totalitarios y excluyentes.

Nosotros queremos extender el conocimiento de Cataluña y sólo así lograremos que sea respetada y admirada; hay que explicar lo que somos y lo que hacemos, nuestra cultura y nuestra diferencia sin estridencias, buscando afinidades, creando complicidades y haciendo pedagogía. Ya verá cómo nos entenderán y cómo conseguiremos reformar nuestro Estatuto, que el Senado sea una cámara territorial, o que el mejor futuro para España sea un concepto federal que respete la pluralidad de su conjunto y la personalidad de todos sus pueblos.

—Hoy es lunes, 17 de noviembre de 2003. Nueve de la mañana. El PSC ha ganado las elecciones. ¿A quién le dará las gracias?

—A los ciudadanos de Cataluña que nos han dado su confianza, aunque creo que ya se las habrá dado la noche anterior. Y también al equipo que ha forjado el proyecto del cambio, desde la oposición, desde los municipios o desde el civismo y la convicción que se puede hacer una Cataluña mucho mejor, más confiada en su futuro que anclada en el pasado.

—De todos modos, seamos realistas. El Partido Socialista de Cataluña no tiene mayoría absoluta. ¿Por dónde abre usted la agenda? ¿Por la S de Saura, por la M de Mas, por la C de Carod-Rovira o, acaso, por la P de Piqué?

—Sopa de letras aparte, el nuestro será un Gobierno de fuerte contenido social. Aunque sacrámos mayoría absoluta, siempre estaremos abiertos al diálogo y a sumar fuerzas con las propuestas progresistas.

Estoy convencido que el cambio significa que CiU pase a la oposición y que estén tranquilos que en la oposición también se puede trabajar para el bien del país.

—¿Cree que se podrá formar un Gobierno estable antes de las elecciones generales de la próxima primavera o habrá que esperar a un Gobierno en minoría hasta que se hayan celebrado las legislativas y decidido después la coalición más conveniente?

—No vamos a perder ni un día en cavilaciones y nos pondremos a trabajar en seguida.

**“La Generalitat gestiona mal y no gobierna; además, la actual dependencia absoluta del PP ha sido muy negativa”.**

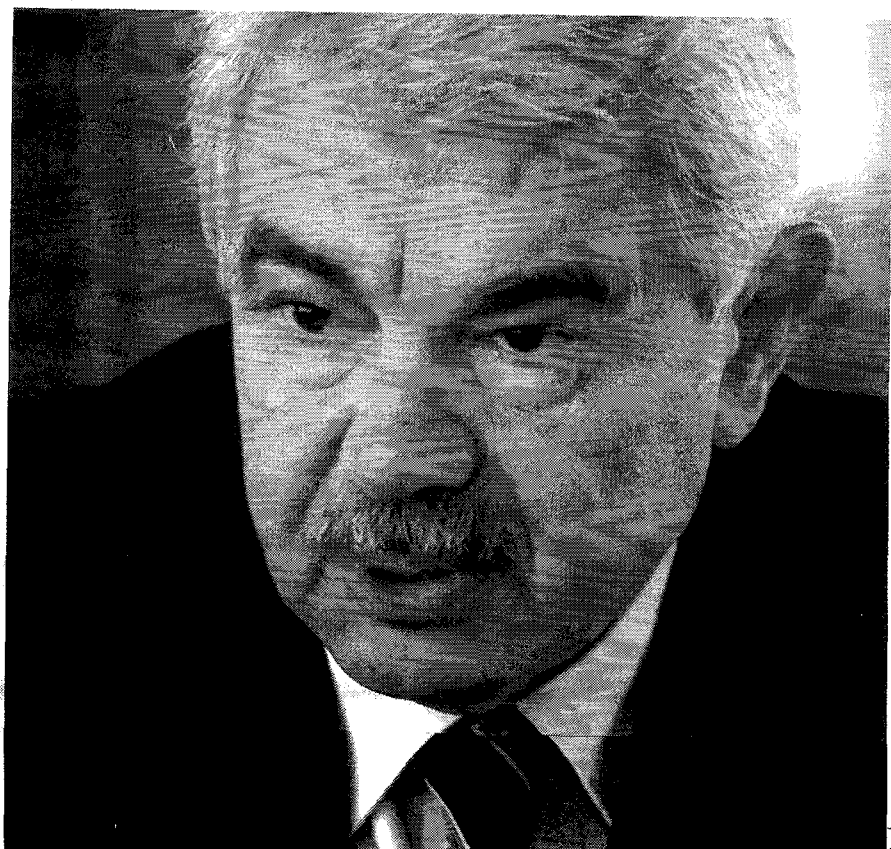
El país necesita un Gobierno fuerte y estable desde el primer momento y haremos todo lo posible para conseguirlo.

—Ya es usted el presidente de la Generalitat de Cataluña. ¿En qué medida dependerá el modelo de la Cataluña de Maragall de quién sea el socio de Gobierno?

—Nosotros queremos una mayoría sólida que nos permita aplicar nuestro programa social. Pero estamos dispuestos a entendernos con los otros partidos de la izquierda catalana y buscar aquellos puntos de encuentro que nos lleven a un Gobierno fuerte y estable.

Ya tenemos pactos con resultados muy positivos en muchos ayuntamientos, como en Barcelona, donde hemos gobernado siempre en coalición, o en la Diputación, o en muchos consejos de las comarcas en que está conformada Cataluña.

—Supongo que, en cualquier caso, su caballo de batalla seguirá siendo elevar el techo competencial en Cataluña. Pero, ¿se puede ir más lejos sin que todos los impuestos



que pagan los catalanes se recauden y se reinviertan en Cataluña?

—El sistema de financiación actual no funciona, por eso hay que establecer criterios nuevos, reformar el Estatut, forjar nuevos acuerdos con el Estado, justos equilibrados y duraderos. La estrategia pactista de CiU ya ha dado todo lo que podía dar, y en los últimos años ha dado muy poco. El techo competencial hay que plantearlo desde muchas perspectivas. No se puede hablar de impuestos sin hablar de leyes. Más allá de la tributación, hay que redistribuir el Estado de las autonomías, porque cuando se redactó la Constitución, estas autonomías no existían y llevamos 25 años de práctica y experiencia. Hay que explicitar el reconocimiento de las nacionalidades históricas, hay que hacer una ley electoral catalana que ya prevía el actual Estatut... Son cambios fundamentales que están relacionados. Hay que dar a la Generalitat responsabilidades en la gestión tributaria en Cataluña y el gasto público tiene que concretarse en una distribución del 40% para el Estado, 30% para las autonomías, y 30% para los ayuntamientos. Cuando hablamos de federalismo, hablamos de todo esto.

—Aunque las realidades nacionales sean distintas en Cataluña y Euskadi, ¿qué opinión le merece al PSC el llamado Plan Ibarretxe?

—La realidad de Cataluña no es la de Euskadi y en esto cabe insistir. El nacionalismo español que practican Aznar y el PP ha conseguido convertir en soberanista a gente que no lo era. El Plan Ibarretxe es un proyecto más de fuga que de convivencia y es fruto, yo creo, de la falta de diálogo que radicaliza las posiciones. En la Europa de hoy, hay que convencer, ser persuasivo, ir a la suma. No basta con definir a sí mismo, sino que hay que definir las bases del diálogo entre todas las partes que comparten un problema.

—Cambie el tema. Hablemos ahora de cultura.

—En tiempos de globalización, es fundamental en todo el mundo afianzar las culturas nacionales, y esto se hace no sólo en los despachos, sino también potenciando a los creadores. Doblaremos el presupuesto de cultura para mejorar equipamientos en todo el territorio, pero sobre todo doblaremos el esfuerzo pedagógico. Hemos pasado demasiado tiempo a la defensiva. La cultura catalana es fuer-

te, pero necesita complicidades y darse a conocer en España y fuera de España. No se la puede construir un coto cerrado. La lengua catalana debe enseñarse en Madrid, en Murcia o en Sidney, con el apoyo del Estado, porque es una riqueza del Estado, como el castellano también es una riqueza de Cataluña. Y deben enseñarse junto con nuestra historia, literatura, teatro, música, artes plásticas o audiovisuales. Necesitamos de este esfuerzo educativo, puertas adentro y puertas afuera.

—Y de educación.

—Cuando explicamos nuestro programa de Gobierno insistimos en tres prioridades: educación, vivienda y seguridad. Necesitamos escuelas dignas y barrios seguros. En la educación infantil y primaria hay que aplicar principios de proximidad, los ayuntamientos deben participar en su gestión y los centros escolares deben tener más autonomía. En los últimos años, la escuela catalana va arrastrando los pies y hay que darle un nuevo impulso potenciando el concepto prioritario de escuela pública, y aquí incluye la escuela privada concertada que yo llamo escuela pública concertada, porque no podemos dualizar la educación, ni crear escuelas y malas.

La educación universitaria también se debe revisar, hay que redactar una Ley de Universidades de Cataluña que defina un modelo global y transparente de financiación, coordine el sistema y reforme los consejos sociales, con la participación de las universidades y de sus rectores. Hay que reforzar la autonomía universitaria y revisar su programación, la política de profesorado y el derecho al estudio. Debemos conseguir que sean agentes de dinamización económica de los territorios, en colaboración con las empresas y con la administración local. Educación, empresas y ayuntamientos juntos y coordinados. Educación de calidad que no termine a los 16 años, nueva política de becas y ayudas para los jóvenes, que los educadores no estén solos. Más presencia universitaria en el escenario internacional, asegurando el conocimiento de cuatro lenguas: el catalán, el español, el inglés y también el francés.

—Y de políticas sociales.

—El nuestro es un programa que prioriza lo social. Quiero que Cataluña sea una sociedad cohesionada y segura. Para serlo, los ciudadanos tienen que gozar de una vez digna

y plena; apoyo a las familias; igualdad de oportunidades para personas con discapacidad; la plena integración de las mujeres en el mundo laboral; la promoción y protección de la salud; la prevención de la violencia, incluida la de género, y la garantía de la seguridad ciudadana. Y aquí también tenemos un claro compromiso de abordar la nueva realidad derivada del hecho inmigratorio.

—¿Cómo cree usted que hay que tratarla, la inmigración?

—La inmigración no se puede tratar en el vacío. Tiene que ver, de un lado, con esa visión internacional de Cataluña. Cataluña tiene que poder hablar con los países de donde provienen los inmigrantes, de municipio a municipio, de región a región, para que vengan menos inmigrantes y en mejores condiciones, con contrato de trabajo, con garantías mínimas. Y del otro, una vez aquí, tenemos que asegurar que lleguen a unos barrios sanos y seguros y propiciar su integración en ellos.

Cataluña es un país de acogida, con una larga tradición de tolerancia. La inmigración mal llevada, como está llegando ahora, rompe con esta lógica y favorece a la derecha: escora los salarios a la baja y crea situaciones de choque en barrios frágiles, que provocan brotes de xenofobia y que da votos a la derecha. Negocio redondo para la derecha, pero un mal asunto para los barrios, los sueldos y los propios inmigrantes.

—Dígame señor Maragall, si gana usted las elecciones, ¿seguirá asfaltando Cataluña o dejará algún árbol para nuestros nietos?

—En todo caso, los responsables de tanto asfalto serán los gobiernos de la derecha que intenta perpetuar el señor Mas. En palabras de un gran alcalde de La Seu d'Urgell, Joan Ganet, nosotros queremos parar la “suburbanización” de Cataluña. ¿Cómo? Pues propiciando los barrios, y facilitando el retorno a los núcleos antiguos de las ciudades, aplicando una política de vivienda que no fuerce la huida hacia las zonas periféricas. También queremos un sector agrario moderno y rentable que no se vea forzado a abandonar la agricultura y la ganadería para vender su terreno al mejor postor inmobiliario. Hay que defender el paisaje como un valor en sí y analizar el sector turístico, para hacerlo compatible con las actividades agrarias o pesqueras, buscando la calidad y la sostenibilidad.